

Leer para conocer y conocerse

Mónica Caballero

Resumen: Poesía o prosa, escritura procesada según géneros o disciplinas (obra de teatro, guión de cine, libreto de ópera, novela, cuento, poemario) y del otro lado, el lector, ocasionalmente espectador.

¿Emoción? ¿Razonamiento? ¿Comprensión?

Lo indiscutible es que desde la *Biblia*, la *Torá* y el *Corán* germina la curiosa idea de que un texto puede ser sagrado. No hace falta explicar en qué medida la imprenta revolucionó el mundo. ¿Internet y la virtualidad del texto tendrán el mismo impacto; mayor?

El futuro lo dirá.

Entre tanto, confiemos en todos los textos y en que todos los lectores pueden, cada cual a su nivel, comprenderlos.

Y, así, comprenderse.

Palabras clave: arte – lectura – escritura – conocer - mundo

“La poesía es un arma cargada de futuro”, poetizó Gabriel Celaya. Y, también esto: “poesía necesaria como el pan de cada día”. Lo escribió un poeta comprometido: “poesía para el pobre”. Una necesidad vital las palabras. Aún más cuando la poesía o la prosa le ponen ritmo. El burgués de Molière quedó maravillado al comprender que hablaba en prosa. Las tres religiones monoteístas que para bien y para mal unen y dividen al mundo desde hace más de dos mil años –según calendarios: más tiempo los judíos, menos los musulmanes- se apoyan en otros tantos libros.

Por algo cuando se quiere subrayar la importancia de internet se compara su aparición con la de la imprenta.

Borges concebía el paraíso como una biblioteca. Y Ray Bradbury reunió todos los actos de fe en *Fahrenheit 451* con la vuelta de tuerca de convertir a las personas en libros y a la memoria, que en los orígenes garantizaba la transmisión de las tradiciones orales, en caja fuerte de los textos prohibidos. Las novelas advierten que sus personajes y situaciones son fic-



ticias lo que no impide que cada uno de nosotros, en la niñez, en la adolescencia y aún adultos, hayamos caído sin darnos cuenta, pero con disimulado placer, por el hueco de una ficción.

Eso que le ocurrió “al famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha” con los libros de caballería, “que se pasaba la noche leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio”.

Si “del mucho leer y poco dormir al hidalgo se le secó el cerebro y perdió el juicio”, los millones de lectores que sumó el libro de Cervantes en cuatro siglos, sin llegar a enloquecer, revivieron su experiencia. Es decir que, como al hidalgo, a uno “llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros”, con el resultado de que “para él no había otra historia más cierta en el mundo”.

De ahí, aquella sensación curiosa, como la de soñar y vivir el sueño, aún a sabiendas de que uno lo sueña. Ese estado segundo que, con los ojos abiertos, se repetirá cada vez que la ficción logre derribar los muros que la razón le opone.

¡Qué maravilla pasarse de la parada, de la estación, atrapados por una novela! O esa sensualidad de retardar la lectura para que el libro no se termine, para evitar que nos devuelva a la realidad.

¿Qué libro? Cualquiera, el que uno calce. Porque hay libros para todos, sin distinción de sexo, de clase, de edad. Y cuando digo libro por supuesto que no me refiero al soporte: del papiro al texto conectado la relación con el continente y el contenido es la misma. La textura del pergamino, la belleza de las iluminaciones de un incunable, la rareza de una primera edición serán equivalentes, para otros, al fetichismo de un artilugio electrónico.

Se ha hablado mucho -desde la nueva pedagogía- de que la enseñanza debe ser, para el destinatario, un “aprendizaje significativo”.

Por ejemplo, un libro de lectura que sólo cuenta cosas que ocurren en Buenos Aires urbano, sería inadecuado en manos de chicos que viven en un entorno rural.

Es un punto de vista, y puede apoyarse pedagógicamente en una u otra teoría. Y hasta puede ser válido cuando se trata solamente de un manual. Pero si la ficción se cruza, las cosas se complican. El libro es un producto anárquico. Básicamente, unos cuadernos y un par de lápices bastan para escribir una nueva Guerra y Paz. Filmarla en cambio sería otro cantar: pro-



ductores, cámaras, actrices y actores. O convertirla en un juego interactivo. Son tareas socializadas, labor de equipo.

El libro tiene esa extraña condición de placer solitario –en todas las acepciones del término- y sin embargo compartido. Porque a esa tarea sumamente asocial de escribir le corresponde la de inventar huecos en el tiempo social para leerlo. En general, declararse novelista o poeta, por los tiempos que corren, puede suscitar la pregunta: ¿y de que trabaja? Y es más conveniente alegar una enfermedad, para faltar al estudio, a una cita o al trabajo, que la imperiosa necesidad de terminar de leer una novela.

“Yo siempre digo en broma [dijo, bastante en serio, Ricardo Piglia] que esta sociedad no inventaría la literatura si no la hubiera encontrado hecha. No se le hubiera ocurrido a la sociedad capitalista inventar una práctica tan privada, tan improductiva desde el punto de vista social, tan difícil de valorar desde el punto de vista económico” (1998).

Se puede decir algo parecido del lector en la medida en que a cada libro corresponden tantas lecturas como lectores tenga.

Se puede recomendar una novela pero no se puede inducir en todos los lectores una sensación idéntica.

Comparto la idea de que debe haber un horizonte cultural que permita entender y sobre todo aprehender los contenidos. Pero también creo -por experiencia personal- que lo nuevo, lo diferente, conquista, enamora, sorprende. Abre la puerta para ir a jugar. Y en la educación es muy importante, sobre todo en el primer contacto con la literatura, confiar en el valor de la escritura y de la palabra: si soy muy pequeño, si mi edad o mi instrucción son insuficientes, por lo menos captaré el ritmo, la sonoridad; luego volveré sobre ese texto y comprenderé otras cosas.

Un ejemplo transparente es el de la música llamada popular (habitualmente, las que llamamos clásicas fueron antes populares, con el caso paradigmático de la ópera). Textos indiscutiblemente poéticos o, directamente, poesía transmutada en canción, circulan más allá del mundo a veces cerrado de la lectura literaria.

De pequeña, por la influencia de mi hermano, leí lo que podríamos denominar alta literatura y considero que comprendí esa lectura. O por lo menos que aquellos textos modificaron mi vida. Por supuesto, que más tarde, releídos, algunos de aquellos libros me revelaron nuevas claves. O dicho de otra manera, los releí dueña ya de otras contraseñas para entrar en ellos.



En esa relación contradictoria que es, culturalmente, la de la Argentina y la de España, con el castellano y sus acentos, palabras y modismos por medio, el *Quijote* fue utilizado como arma, en favor o en contra de un tipo de aprendizaje de la literatura.

Origen indiscutible de la novela europea y naturalmente de la novela en castellano, fue culpado de haberse convertido en barrera y no en acceso a la literatura. Y en el extremo contrario se fomentó la idea de una literatura para niños, con algunas cosas buenas y otras, las más, abominables.

Pienso que las palabras van tejiendo una comprensión y al mismo tiempo que tampoco es necesario que se comprenda todo a la primera lectura. Si la comprensión es requisito indispensable cuando se lee un ensayo, frente a la novela la empatía es primordial.

Y la experiencia vivida. Como cuando iba a la Iglesia y antes de entrar mi madre me decía: “ahora, silencio”. Eso me enseñó a escuchar; fue una especie de apertura a lo no dicho, al misterio de aprender que algo puede sorprenderte y que no todo depende de uno. Es el grado cero del aprendizaje con esa cláusula, previa, de la curiosidad: el espíritu abierto de par en par, que luego servirá en un curso; cuando se vele en silencio el sueño de un ser querido enfermo; durante una marcha política; en la comunión de la multitud cuando se escucha un discurso. Palabras y silencio, lecturas y sus consecuencias. Para saber esperar, por ejemplo.

Hay muchas maneras –hablo de mi experiencia- de acceder al texto. Yo reivindico estudiar de memoria: poesías, sonoridad, ritmo. Considero a la memoria como un aliado. Algo así como automatizar un gesto para un trabajo manual, un deporte. Y luego, preguntarse el porqué, Diseccionarlo, intelectualizarlo. Por ese camino, el placer se duplica.

Las sensaciones, primero, la comprensión después.

En este momento recuerdo haber leído un día que en las tabacaleras cubanas de finales del siglo XIX, había una especie de púlpito con un lector. Las torcedoras iban cada mañana al trabajo con la curiosidad de saber cómo continuaba la historia. Y las que llevaban un tiempo allí se sabían de memoria novelas enteras de Alejandro Dumas, uno de los autores preferidos de aquel lector público.

El descubrimiento de un libro del que no teníamos referencias, el de un autor, nos enseña que no todo se puede plani-



ficar. Apertura ante el misterio dicen los filósofos. Apertura a lo que propone un texto. Comprender no significa necesariamente que entienda todo ni que me identifique con lo leído. En principio, basta con dejarse envolver por la trama; aceptar esa sutil sugerencia que a veces incluso enamora, provoca el deseo.

Las *Elegías de Duino*, de Rilke, leídas a mis 11 años o 13 años... Recuerdo que ya, hasta una edición me atrapaba; ese papel biblia o transparente, la textura, una pasión de bibliófila sin conocer la palabra. Recuerdo haber leído más literatura en ese tramo de infancia, pubertad y adolescencia que más tarde, joven o adulta, cuando se impusieron las lecturas vinculadas con la profesión, hasta ocupar todo el espacio.

Elisa, una mujer muy importante en mi niñez, me contaba con lujo de detalles películas que la habían impresionado. Por ejemplo, “Pasaron las grullas”. Y llorábamos las dos. O, mientras colgaba la ropa, me contaba la vida de Anastasia, la princesa rusa. O me cantaba un aria de Verdi. Más tarde, Eitel, su marido, tipógrafo, me hablaba del pensamiento de Kierkegaard.

¿Lo entendía todo? Pero ¿qué es entender todo? ¿Cuántas lecturas tiene *Los hermanos Karamazov*? En el mayo del 68 francés se impuso una exigencia, quien hablaba de un hecho, de un libro, de una película, en la universidad o en un diario, debía explicar desde donde hablaba. Desde que posición política, qué punto de vista, que clase social o qué reivindicación. El juicio de un estructuralista, de un situacionista, de un troskysta, de los ismos y los istas imperantes, modificaba la percepción de la obra.

También, el oído que le prestaban estudiantes, lectores, oyentes. Estaba en la primaria cuando mi hermano me hacía leer todo el poemario español o Stendhal o literatura norteamericana. Y, algo más grande, ya en el secundario, llega García Márquez a mi vida. Cien años de soledad, leído en dos días...

¿Comprendía todo? ¿Era necesario comprender todo?

La lectura tiene ese extraño privilegio de vincularse con aquellas zonas de uno, muchas veces desconocidas, pero que la palabra evoca.

¿Cómo nos transforman los libros? La psicología se interesa actualmente en las diferentes maneras en las que los -buenos- libros afectan a los lectores.

Un psicólogo francés, Édouard Gentaz, define la lectura como “una interacción entre las especificidades de nuestro cerebro



y las de nuestra cultura. De un lado la codificación de conocimientos a través de la escritura y la lectura. Y del otro, ciertas zonas cerebrales que reaccionarán a ese código y permitirán externalizarlos”.

Según Gentaz, “las zonas del cerebro dedicadas a reconocer rostros u objetos, presentes en ambos hemisferios, se reciclarán en parte, gracias al aprendizaje de la lectura, para decodificar las letras. Es una ilustración de la plasticidad del cerebro y de cómo la cultura puede modificarlo. La lectura permite acceder a un abanico de conocimientos mientras que la transmisión oral es necesariamente más limitada. Poder leer y comprender una infinidad de palabras a partir de trazos arbitrarios, grafemas (letras) y sus fonemas (sonidos) correspondientes, es un mecanismo tan eficaz como complejo que sin embargo los chicos adquieren de una vez, hasta el punto de automatizarlo”.

Cuando un individuo incorpora las claves de la decodificación ya puede pasar al siguiente paso: comprender. Adulto, el reflejo subsiste. Cuando le dan la carta de un restaurante, una publicidad, el individuo instintivamente lee; es decir, descifra el texto. Si el código se aplica indistintamente a toda lectura, el psicólogo distingue “una lectura fría –la del ensayo, un tratado de matemáticas, el manual de uso de una técnica o máquina-, de otra caliente: la suscitada por la ficción o la poesía”. Con matices: “un enamorado de tal o cual ciencia vibrará, experimentará distintos grados de emoción, a la lectura del nuevo tratado sobre su materia fetiche. Lo que sí es común a toda lectura: a mayor emoción durante, mayor duración del efecto después. Los grandes libros, esos que atraviesan los siglos, comparten una cualidad: tocaron emotivamente a muchas generaciones”. De acuerdo con Gentaz, “en los próximos años se impondrá la lectura mixta; pasaremos con fluidez de uno a otro soporte, sencillamente porque la oferta será enorme. Por ahora, y si generalizo, la lectura en pantalla es más favorable al estadio frío. Pero también a ese nivel, los matices son infinitos. La emoción, la comprensión, dependerá para unos de leer sentado, de pie, en la cama. Lo que importa es poder vivir mentalmente y de la mejor manera en todos esos mundos posibles”.

En suma, conocer los diversos accesos a tantos mundos virtuales como la lectura nos permita.

“Quieren hacernos creer que la lectura es una actividad intelectual [dice Régine Detambel, escritora y fisioterapeuta], pero



en realidad lo que leemos y nos cautiva resuena físicamente, altera nuestra respiración, se imprime en nuestro inconsciente. Más tarde, volveremos a pensar en ello. Es como cuando, de chicos, nos contaban una historia ¿quién puede pensar que aquellos cuentos sólo resonaban en nuestro cerebro”.

Y para terminar con la ciencia, los recientes descubrimientos sobre la riqueza neuronal del intestino humano –los mensajes podrían ser transmitidos del intestino al cerebro y no la inversa: “sabemos que tenemos miedo gracias a la reacción de nuestro vientre y es él el que impulsa el mensaje de inquietud ante un examen”- otorgan una explicación científica suplementaria a quienes creen en el ser humano total.

Por algo los nuevos investigadores franceses de “ese tubo digestivo con doscientos millones de neuronas” cometen esta blasfemia: “Descartes, que separaba el alma del cuerpo, es una cadena de la que debemos liberarnos”.

Otra sería la tan manida del fin. El de la historia, el de la literatura. Frente a ese dilema, una voz autorizada, la de Piglia: “Esa fantasía extraña de los escritores de dejar de ser escritores o de conseguir una experiencia más intensa que lo que se supone que es la experiencia de la literatura [...] Para mí la literatura es una de las experiencias más intensas que conozco, sobre todo en esta época en la que habría que ver qué es lo que debe entenderse por “la vida” –habría que matizar la definición de experiencia ¿no?–“ (1998).

Y que lo que comenzó con poesía termine con Borges (1969) poeta: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”.

Notas

- Édouard Gentaz. Profesor de Psicología del Desarrollo en la Universidad de Ginebra e investigador en el Centro de investigaciones científicas de Grenoble.
- Pierre Marie Lledo. Investigador del Institut Pasteur (Paris), trabaja en el programa que relaciona cerebro y la vida –bacterias, levaduras, hongos- de una microbioma específica. Es el caso de la flora bacteriana. “Los invertibrados disponen de diferentes centros nerviosos autónomos en todo el cuerpo. Por eso, un gusano cortado por la mitad conserva un movimiento autónomo. A lo largo de la evolución, en los vertebrados, esos centros se agruparon hacia adelante hasta alojarse en la cabeza. El hombre ha conservado las huellas de aquellas neuronas antiguas, en el corazón y especialmente en el intestino. Esa red de neuronas es la que ha liberado al cerebro del trabajo de la digestión y le ha permitido desarrollarse”.
- Régine Detambel. Escritora y fisioterapeuta, *Les livres prennent soin de nous* (Actes Sud).



Bibliografía

- Borges, Jorge Luis (1969). “Un lector”.
- Piglia, Ricardo (1998). *Crítica y ficción*. Barcelona, 2014.